

Arthur Conan Doyle

El Rostro
Amarillo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ROSTRO AMARILLO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1893

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

EL ROSTRO AMARILLO

[Al publicar estos breves relatos basados en los numerosos casos en los que los singulares dones de mi compañero nos han convertido en oyentes y, eventualmente, en actores de algún extraño drama, es natural que me detenga más en sus éxitos que en sus fracasos. Y esto no tanto por su reputación—pues, en verdad, era cuando estaba al límite de su ingenio que su energía y versatilidad eran más admirables—sino porque donde él fallaba sucedía con demasiada frecuencia que nadie más tenía éxito, y la historia quedaba para siempre sin conclusión. Sin embargo, de vez en cuando, ocurría que incluso cuando se equivocaba, la verdad todavía se descubría. He anotado unos seis casos de este tipo, la Aventura del Ritual de Musgrave y el que estoy a punto de relatar son los dos que presentan los aspectos más interesantes.]

Sherlock Holmes era un hombre que rara vez hacía ejercicio por el mero hecho de hacerlo. Pocos hombres eran capaces de mayor esfuerzo muscular, y sin duda era uno de los mejores boxeadores de su peso que jamás he visto; pero consideraba el esfuerzo físico sin propósito como una pérdida de energía, y rara vez se movía a menos que hubiera algún objetivo profesional que servir. Entonces era absolutamente incansable e infatigable. Que se mantuviera en forma en tales circunstancias es notable, pero su dieta era usualmente de lo más frugal, y sus hábitos eran simples hasta el borde de la austeridad. Aparte del uso ocasional de la cocaína, no tenía vi-

cios, y solo recurría a la droga como una protesta contra la monotonía de la existencia cuando los casos escaseaban y los periódicos eran poco interesantes.

Un día, a principios de la primavera, se había relajado tanto como para ir a dar un paseo conmigo por el parque, donde los primeros brotes de verde comenzaban a aparecer en los olmos, y las pegajosas yemas de los castaños estaban empezando a abrirse en sus hojas de cinco lóbulos. Durante dos horas deambulamos juntos, en silencio la mayor parte del tiempo, como corresponde a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando volvimos a Baker Street una vez más.

—Perdón, señor —dijo nuestro chico de los recados al abrir la puerta—. Ha estado aquí un caballero preguntando por usted, señor.

Holmes me lanzó una mirada de reproche.

—¡Vaya por las caminatas vespertinas! —dijo—. ¿Se ha ido ya ese caballero?

—Sí, señor.

—¿No le invitaste a pasar?

—Sí, señor; entró.

—¿Cuánto tiempo esperó?

—Media hora, señor. Era un caballero muy inquieto, señor, caminando y pisoteando todo el tiempo que estuvo aquí. Estaba esperando fuera de la puerta, señor, y podía oírlo. Finalmente salió al pasillo, y gritó: '¿Es que ese hombre nunca va a venir?' Esas fueron sus mismas palabras, señor. 'Solo tendrá que esperar un poco más,' le dije. 'Entonces esperaré al aire libre, porque me siento medio asfiado,' dijo. 'Volveré pronto.' Y con eso se levantó y salió, y todo lo que pude decir no lo detuvo.

—Bueno, bueno, hiciste lo mejor que pudiste —dijo Holmes, mientras entrábamos en nuestra habitación—. Sin embargo, es muy molesto, Watson. Necesitaba urgentemente un caso, y esto parece, por

la impaciencia del hombre, como si fuera importante. ¡Vaya! Esa no es tu pipa en la mesa. Debe haberla dejado aquí. Una bonita pipa de brezo con una boquilla larga de lo que los tabaqueros llaman ámbar. Me pregunto cuántas boquillas de ámbar real hay en Londres. Algunas personas piensan que una mosca en el ámbar es un signo. Bueno, debe haber estado muy perturbado para dejar una pipa que evidentemente valora mucho.

—¿Cómo sabes que la valora mucho? —pregunté.

—Bueno, calcularía el costo original de la pipa en siete chelines y seis peniques. Ahora, ves, ha sido reparada dos veces, una en el tallo de madera y otra en el ámbar. Cada una de estas reparaciones, hechas, como observas, con bandas de plata, deben haber costado más de lo que valía la pipa originalmente. El hombre debe valorar mucho la pipa cuando prefiere arreglarla en lugar de comprar una nueva con el mismo dinero.

—¿Algo más? —pregunté, ya que Holmes estaba girando la pipa en su mano y mirándola con su peculiar manera pensativa.

La sostuvo y la golpeó con su largo y delgado dedo índice, como lo haría un profesor que da una conferencia sobre un hueso.

—Las pipas son ocasionalmente de extraordinario interés —dijo.

—Nada tiene más individualidad, salvo quizás los relojes y los cordones de los zapatos. Sin embargo, las indicaciones aquí no son muy marcadas ni muy importantes. El dueño es obviamente un hombre musculoso, zurdo, con una excelente dentadura, descuidado en sus hábitos y sin necesidad de practicar la economía.

Mi amigo soltó la información de manera muy despreocupada, pero vi que me echó un vistazo para ver si había seguido su razonamiento.

—¿Crees que un hombre debe estar bien si fuma una pipa de siete chelines? —dije.

—Esto es mezcla Grosvenor a ocho peniques la onza —respondió Holmes, golpeando un poco en su palma—. Como podría obtener

un excelente tabaco por la mitad del precio, no tiene necesidad de practicar la economía.

—¿Y los otros puntos?

—Ha tenido la costumbre de encender su pipa en lámparas y chorros de gas. Puedes ver que está bastante quemada por un lado. Por supuesto, una cerilla no podría haber hecho eso. ¿Por qué iba un hombre a sostener una cerilla en el costado de su pipa? Pero no puedes encenderla en una lámpara sin quemar el cuenco. Y está todo en el lado derecho de la pipa. De eso deduzco que es un hombre zurdo. Sostén tu propia pipa en la lámpara y verás cómo naturalmente, siendo diestro, sostienes el lado izquierdo en la llama. Podrías hacerlo una vez de la otra manera, pero no constantemente. Esta siempre se ha sostenido así. Luego ha mordido el ámbar. Se necesita un tipo musculoso, enérgico, y con una buena dentadura para hacer eso. Pero si no me equivoco, lo oigo subir las escaleras, así que tendremos algo más interesante que su pipa para estudiar.

Un instante después, nuestra puerta se abrió y un hombre alto y joven entró en la habitación. Estaba bien, pero discretamente vestido con un traje gris oscuro, y llevaba un sombrero marrón en la mano. Yo le habría calculado unos treinta años, aunque en realidad tenía algunos años más.

—Le pido disculpas —dijo, algo avergonzado—; supongo que debería haber llamado. Sí, claro que debería haber llamado. La verdad es que estoy un poco alterado, y deben atribuirlo todo a eso. —Se pasó la mano por la frente como un hombre que está medio aturdido, y luego se dejó caer en una silla más que sentarse.

—Veo que no ha dormido en una o dos noches —dijo Holmes, con su manera fácil y cordial—. Eso afecta más a los nervios de un hombre que el trabajo, e incluso más que el placer. ¿Puedo preguntar en qué puedo ayudarle?

—Quería su consejo, señor. No sé qué hacer, y toda mi vida parece haberse desmoronado.

—¿Desea contratarme como detective consultor?

—No solo eso. Quiero su opinión como hombre sensato, como hombre de mundo. Quiero saber qué debo hacer a continuación. Espero a Dios que pueda decírmelo.

Hablaba en pequeños estallidos agudos y entrecortados, y me pareció que hablar en absoluto le resultaba muy doloroso, y que su voluntad, en todo momento, estaba superando sus inclinaciones.

—Es algo muy delicado —dijo—. No le gusta a uno hablar de sus asuntos domésticos con extraños. Parece terrible discutir la conducta de la propia esposa con dos hombres a los que nunca he visto antes. Es horrible tener que hacerlo. Pero he llegado al límite de mi paciencia y necesito consejo.

—Mi querido señor Grant Munro... —comenzó Holmes.

Nuestro visitante saltó de su silla.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Conoce mi nombre?

—Si desea conservar su incógnito —dijo Holmes, sonriendo—, le sugeriría que deje de escribir su nombre en el forro de su sombrero, o que gire la corona hacia la persona a la que está hablando. Estaba a punto de decir que mi amigo y yo hemos escuchado muchos secretos extraños en esta habitación, y que hemos tenido la buena fortuna de traer paz a muchas almas perturbadas. Confío en que podamos hacer lo mismo por usted. ¿Podría rogarle, ya que el tiempo puede ser importante, que me proporcione los hechos de su caso sin más demora?

Nuestro visitante volvió a pasarse la mano por la frente, como si le resultara sumamente difícil. Por cada gesto y expresión, pude ver que era un hombre reservado, autocontrolado, con un toque de orgullo en su naturaleza, más propenso a ocultar sus heridas que a exponerlas. Entonces, de repente, con un gesto feroz de su mano cerrada, como quien arroja la reserva al viento, comenzó.

—Los hechos son estos, señor Holmes —dijo—. Soy un hombre casado, y lo he sido durante tres años. Durante ese tiempo, mi esposa y yo nos hemos amado tan profundamente y hemos vivido tan

felices como cualquier pareja que haya existido. No hemos tenido una diferencia, ni una sola, en pensamiento, palabra o acción. Y ahora, desde el pasado lunes, ha surgido repentinamente una barrera entre nosotros, y descubro que hay algo en su vida y en sus pensamientos de lo que sé tan poco como si fuera la mujer que pasa junto a mí en la calle. Estamos distanciados, y quiero saber por qué.

—Hay una cosa que quiero dejar clara antes de continuar, señor Holmes. Effie me ama. No debe haber ningún error al respecto. Me ama con todo su corazón y su alma, y nunca más que ahora. Lo sé. Lo siento. No quiero discutir sobre eso. Un hombre puede saber fácilmente cuándo una mujer lo ama. Pero hay este secreto entre nosotros, y nunca seremos los mismos hasta que se aclare.

—Por favor, permítame conocer los hechos, señor Munro —dijo Holmes, con cierta impaciencia.

—Le contaré lo que sé sobre la historia de Effie. Era viuda cuando la conocí por primera vez, aunque bastante joven, solo veinticinco años. Su nombre entonces era señora Hebron. Se fue a América cuando era joven y vivió en la ciudad de Atlanta, donde se casó con este Hebron, que era un abogado con una buena práctica. Tuvieron un hijo, pero la fiebre amarilla se desató con fuerza en el lugar, y tanto el marido como el hijo murieron a causa de ella. He visto su certificado de defunción. Esto la disgustó de América, y regresó a vivir con una tía soltera en Pinner, en Middlesex. Puedo mencionar que su esposo la había dejado bien acomodada, y que tenía un capital de unas cuatro mil quinientas libras, que había sido tan bien invertido por él que rendía un promedio del siete por ciento. Solo llevaba seis meses en Pinner cuando la conocí; nos enamoramos y nos casamos unas semanas después.

—Soy comerciante de lúpulo, y como tengo un ingreso de setecientas u ochocientas libras, nos encontramos bien acomodados y tomamos una bonita villa de ochenta libras al año en Norbury. Nuestro pequeño lugar era muy campestre, considerando que está tan cerca de la ciudad. Teníamos una posada y dos casas un poco más arriba, y una sola cabaña al otro lado del campo que nos enfrentaba,

y excepto esas no había casas hasta llegar a mitad de camino a la estación. Mi negocio me llevaba a la ciudad en ciertas temporadas, pero en verano tenía menos que hacer, y entonces, en nuestra casa de campo, mi esposa y yo éramos tan felices como se podía desear. Le digo que nunca hubo una sombra entre nosotros hasta que comenzó este maldito asunto.

—Hay una cosa que debería decirle antes de continuar. Cuando nos casamos, mi esposa me traspasó todas sus propiedades, algo en contra de mi voluntad, porque veía lo incómodo que sería si mis asuntos comerciales fueran mal. Sin embargo, ella insistió en hacerlo, y se hizo. Bueno, hace unas seis semanas vino a verme.

—'Jack,' dijo, 'cuando tomaste mi dinero dijiste que si alguna vez necesitaba algo, debía pedírtelo.'



«LAS TUBERÍAS TIENEN A VECES UN INTERÉS EXTRAORDINARIO»,
DIJO».

—'Claro,' dije yo. 'Es todo tuyo.'

—'Bueno,' dijo ella, 'quiero cien libras.'

Me quedé un poco asombrado por esto, ya que había imaginado que simplemente se trataba de un vestido nuevo o algo por el estilo que ella quería.

—'¿Para qué demonios?' pregunté.

—'Oh,' dijo ella, en su manera juguetona, 'dijiste que solo eras mi banquero, y los banqueros nunca hacen preguntas, ya sabes.'

—'Si realmente lo dices en serio, por supuesto que tendrás el dinero,' dije yo.

—'Oh, sí, lo digo en serio.'

—'¿Y no me dirás para qué lo quieres?'

—'Algún día, tal vez, pero no ahora, Jack.'

Así que tuve que conformarme con eso, aunque era la primera vez que había habido algún secreto entre nosotros. Le di un cheque y nunca más pensé en el asunto. Puede que no tenga nada que ver con lo que vino después, pero pensé que era justo mencionarlo.

Bueno, te dije hace un momento que hay una cabaña no muy lejos de nuestra casa. Hay solo un campo entre nosotros, pero para llegar a ella tienes que ir por la carretera y luego girar por un sendero. Justo más allá hay un bonito bosquecillo de pinos escoceses, y solía gustarme mucho pasear por allí, porque los árboles siempre son una especie de vecinos amistosos. La cabaña había estado vacía durante estos ocho meses, y era una pena, porque era un lugar bonito de dos pisos, con un porche de estilo antiguo y madreSelva alrededor. Me he parado muchas veces y he pensado en lo que sería una acogedora pequeña vivienda.

Bueno, el lunes pasado por la noche estaba dando un paseo por allí, cuando vi una furgoneta vacía subiendo por el sendero, y vi un montón de alfombras y cosas tiradas sobre el césped al lado del porche. Estaba claro que la cabaña finalmente había sido alquilada.

Pasé por allí y luego me detuve, como podría hacer un hombre ocioso, eché un vistazo y me pregunté qué tipo de personas eran las que habían venido a vivir tan cerca de nosotros. Y mientras miraba, de repente me di cuenta de que una cara me estaba observando desde una de las ventanas superiores.

No sé qué tenía esa cara, señor Holmes, pero me pareció que me enviaba un escalofrío por la espalda. Estaba un poco lejos, por lo que no pude distinguir los rasgos, pero había algo antinatural e inhumano en la cara. Esa fue la impresión que tuve, y me moví rápidamente hacia adelante para obtener una vista más cercana de la persona que me estaba observando. Pero cuando lo hice, la cara desapareció de repente, tan de repente que parecía haber sido arrancada hacia la oscuridad de la habitación. Me quedé allí durante cinco minutos pensando en el asunto y tratando de analizar mis impresiones. No pude decir si la cara era de un hombre o una mujer. Estaba demasiado lejos para eso. Pero su color fue lo que más me impresionó. Era de un blanco tiza lívido, y con algo rígido y fijo que era espantosamente antinatural. Estaba tan perturbado que decidí ver un poco más a los nuevos ocupantes de la cabaña. Me acerqué y llamé a la puerta, que fue abierta instantáneamente por una mujer alta, delgada, con una cara dura y desagradable.

—'¿Qué desea?' preguntó, con un acento del norte.

—'Soy su vecino de allá,' dije, señalando hacia mi casa. 'Veo que acaban de mudarse, así que pensé que si podía ser de alguna ayuda en cualquier cosa—'

—'Sí, ya le pediremos cuando necesitemos algo,' dijo ella, y cerró la puerta en mi cara. Molesto por la grosera respuesta, di la vuelta y caminé de regreso a casa. Toda la noche, aunque traté de pensar en otras cosas, mi mente seguía volviendo a la aparición en la ventana y la rudeza de la mujer. Decidí no decir nada sobre lo primero a mi esposa, porque ella es una mujer nerviosa y muy sensible, y no quería que compartiera la desagradable impresión que había causado en mí. Sin embargo, le comenté antes de quedarme dormido que la cabaña ahora estaba ocupada, a lo que ella no respondió.

Generalmente, soy un dormilón extremadamente profundo. Ha sido una broma constante en la familia que nada podría despertarme durante la noche. Y, sin embargo, de alguna manera, esa noche en particular, ya fuera por la ligera excitación producida por mi pequeña aventura o no, no lo sé, pero dormí mucho más ligero de lo habitual. Medio en mis sueños, era vagamente consciente de que algo estaba sucediendo en la habitación, y gradualmente me di cuenta de que mi esposa se había vestido y estaba poniéndose su manto y su sombrero. Mis labios se entreabrieron para murmurar algunas palabras adormecidas de sorpresa o reproche ante esta preparación intempestiva, cuando de repente mis ojos entreabiertos se posaron en su rostro, iluminado por la luz de la vela, y el asombro me dejó mudo. Llevaba una expresión que nunca había visto antes, una que habría pensado que era incapaz de asumir. Estaba mortalmente pálida y respirando rápido, mirando furtivamente hacia la cama mientras se abrochaba el manto, para ver si me había despertado. Luego, pensando que todavía estaba dormido, salió sigilosamente de la habitación, y un instante después oí un crujido agudo que solo podía provenir de las bisagras de la puerta principal. Me senté en la cama y golpeé mis nudillos contra la barandilla para asegurarme de que realmente estaba despierto. Luego saqué mi reloj de debajo de la almohada. Eran las tres de la mañana. ¿Qué podía estar haciendo mi esposa en la carretera rural a las tres de la mañana?

Me senté durante unos veinte minutos dándole vueltas al asunto en mi mente y tratando de encontrar alguna posible explicación. Cuanto más pensaba, más extraordinario e inexplicable me parecía. Todavía estaba desconcertado cuando oí que la puerta se cerraba suavemente de nuevo y sus pasos subían las escaleras.

—'¿Dónde diablos has estado, Effie?' pregunté cuando ella entró.

Ella dio un violento respingo y una especie de grito ahogado cuando hablé, y ese grito y respingo me preocuparon más que todo lo demás, porque había algo indescriptiblemente culpable en ellos. Mi esposa siempre había sido una mujer de naturaleza franca y abierta,

y me dio un escalofrío verla escabullirse en su propia habitación, gritando y encogiéndose cuando su propio esposo le hablaba.

—'¡Estás despierto, Jack!' exclamó, con una risa nerviosa. 'Vaya, pensé que nada podría despertarte.'

—'¿Dónde has estado?' pregunté, más severamente.

—'No me sorprende que estés sorprendido,' dijo ella, y pude ver que sus dedos temblaban mientras desabrochaba los cierres de su manto. 'Vaya, no recuerdo haber hecho algo así en mi vida. La verdad es que sentía como si me estuviera asfixiando, y tenía un deseo absoluto de tomar un poco de aire fresco. Realmente creo que me habría desmayado si no hubiera salido. Me quedé en la puerta unos minutos, y ahora ya estoy bien.'

Todo el tiempo que me estaba contando esta historia, nunca una sola vez miró en mi dirección, y su voz era completamente diferente de sus tonos habituales. Era evidente para mí que estaba diciendo lo que era falso. No respondí, sino que giré mi rostro hacia la pared, con el corazón dolido, y mi mente llena de mil dudas y sospechas venenosas. ¿Qué era lo que mi esposa me estaba ocultando? ¿Dónde había estado durante esa extraña expedición? Sentí que no tendría paz hasta saberlo, y, sin embargo, me resistía a preguntarle de nuevo después de que una vez me había dicho algo falso. El resto de la noche me revolví y me volteé, formulando teoría tras teoría, cada una más improbable que la anterior.

Debería haber ido a la ciudad ese día, pero estaba demasiado perturbado en mi mente como para poder prestar atención a los asuntos comerciales. Mi esposa parecía estar tan alterada como yo, y pude ver por las pequeñas miradas inquisitivas que me lanzaba que entendía que no creía en su declaración y que no sabía qué hacer. Apenas intercambiamos una palabra durante el desayuno, y, inmediatamente después, salí a dar un paseo, para poder pensar en el asunto con el aire fresco de la mañana.

Fui hasta el Crystal Palace, pasé una hora en los jardines y regresé a Norbury a la una en punto. Sucedió que mi camino me llevó

junto a la cabaña, y me detuve un instante para mirar las ventanas y ver si podía echar un vistazo a la extraña cara que me había mirado el día anterior. Mientras estaba allí, imagínese mi sorpresa, señor Holmes, cuando de repente se abrió la puerta y mi esposa salió.

Me quedé mudo de asombro al verla; pero mis emociones no eran nada comparadas con las que se mostraron en su rostro cuando nuestras miradas se encontraron. Parecía por un instante querer retroceder dentro de la casa de nuevo; y luego, viendo cuán inútil sería todo disimulo, avanzó, con una cara muy blanca y ojos asustados que desmentían la sonrisa en sus labios.

—'Ah, Jack,' dijo, 'acabo de entrar a ver si puedo ser de alguna ayuda para nuestros nuevos vecinos. ¿Por qué me miras así, Jack? ¿No estás enojado conmigo?'

—'Así que,' dije, 'aquí es a donde fuiste durante la noche.'

—'¿Qué quieres decir?' exclamó.

—'Viniste aquí. Estoy seguro de ello. ¿Quiénes son estas personas, para que los visites a una hora así?'

—'No he estado aquí antes.'

—'¿Cómo puedes decirme lo que sabes que es falso?' exclamé. 'Tu voz cambia al hablar. ¿Cuándo he tenido yo un secreto para ti? Entraré en esa cabaña y llegaré al fondo del asunto.'

—'No, no, Jack, por el amor de Dios!' exclamó ella, con una emoción incontrolable. Luego, cuando me acerqué a la puerta, me agarró la manga y me tiró hacia atrás con una fuerza convulsiva.

—'Te ruego que no hagas esto, Jack,' exclamó ella. 'Juro que te lo contaré todo algún día, pero nada más que miseria puede venir de esto si entras en esa cabaña.' Luego, cuando intenté soltarme, se aferró a mí en un frenesí de súplicas.

—'Confía en mí, Jack!' exclamó ella. 'Confía en mí solo esta vez. Nunca tendrás motivos para lamentarlo. Sabes que no tendría un secreto para ti si no fuera por tu propio bien. Nuestras vidas enteras

están en juego en esto. Si vienes a casa conmigo, todo estará bien. Si fuerzas tu entrada en esa cabaña, todo habrá terminado entre nosotros.'

Había tal sinceridad, tal desesperación, en su manera que sus palabras me detuvieron, y me quedé irresoluto ante la puerta.

—'Te confiaré en una condición, y solo en una condición,' dije al fin. 'Es que este misterio llegue a su fin a partir de ahora. Tienes libertad para conservar tu secreto, pero debes prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni más acciones que se mantengan fuera de mi conocimiento. Estoy dispuesto a olvidar lo pasado si prometes que no habrá más en el futuro.'

—'Estaba segura de que confiarías en mí,' exclamó ella, con un gran suspiro de alivio. 'Será tal como deseas. Vamos, oh, vamos a la casa.'

Todavía tirando de mi manga, me llevó lejos de la cabaña. Mientras nos alejábamos, miré hacia atrás, y allí estaba esa cara amarilla lívida observándonos desde la ventana superior. ¿Qué vínculo podría haber entre esa criatura y mi esposa? ¿O cómo podría estar conectada la mujer ruda y tosca que había visto el día anterior con ella? Era un extraño enigma, y, sin embargo, sabía que mi mente nunca podría estar en paz hasta que lo hubiera resuelto.

Durante dos días después de esto me quedé en casa, y mi esposa pareció cumplir lealmente nuestro acuerdo, ya que, por lo que sé, nunca salió de la casa. Sin embargo, el tercer día tuve pruebas más que suficientes de que su solemne promesa no era suficiente para retenerla de esta influencia secreta que la alejaba de su esposo y de su deber.

Ese día había ido a la ciudad, pero regresé en el tren de las 2:40 en lugar del de las 3:36, que es mi tren habitual. Cuando entré en la casa, la criada corrió al vestíbulo con una expresión asustada.

—'¿Dónde está su señora?' pregunté.

—'Creo que ha salido a dar un paseo,' respondió.

Mi mente se llenó instantáneamente de sospechas. Corrí escaleras arriba para asegurarme de que no estaba en la casa. Mientras lo hacía, sucedió que miré por una de las ventanas superiores, y vi a la criada con la que acababa de hablar corriendo a través del campo en dirección a la cabaña. Entonces, por supuesto, vi exactamente lo que significaba todo. Mi esposa había ido allí y había pedido a la sirvienta que la llamara si yo regresaba. Ardiente de ira, corrí y me apresuré a cruzar, decidido a terminar con el asunto de una vez por todas. Vi a mi esposa y a la sirvienta apresurándose por el sendero, pero no me detuve a hablar con ellas. En la cabaña estaba el secreto que estaba proyectando una sombra sobre mi vida. Juré que, pasara lo que pasara, ya no sería más un secreto. Ni siquiera llamé cuando llegué, sino que giré el picaporte y me precipité al pasillo.

Todo estaba quieto y silencioso en la planta baja. En la cocina, una tetera cantaba sobre el fuego, y un gran gato negro yacía enrollado en la cesta; pero no había señales de la mujer a la que había visto antes. Corrí a la otra habitación, pero estaba igualmente desierta. Luego corrí escaleras arriba, solo para encontrar dos habitaciones más vacías y desiertas en la parte superior. No había nadie en toda la casa. Los muebles y las imágenes eran de lo más común y vulgar, excepto en la única habitación en cuya ventana había visto la extraña cara. Esa era cómoda y elegante, y todas mis sospechas se elevaron en una feroz llama amarga cuando vi que en la repisa de la chimenea había una copia de una fotografía de cuerpo entero de mi esposa, que había sido tomada a mi solicitud hace solo tres meses.

"Me quedé el tiempo suficiente para asegurarme de que la casa estaba absolutamente vacía. Luego la dejé, sintiendo un peso en el corazón como nunca antes había sentido. Mi esposa salió al vestíbulo cuando entré en mi casa; pero estaba demasiado herido y enfadado para hablar con ella, y empujándola a un lado, me dirigí a mi estudio. Sin embargo, ella me siguió antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Siento haber roto mi promesa, Jack —dijo ella—; pero si conocieras todas las circunstancias, estoy segura de que me perdonarías.

—Entonces dime todo —dije yo.

—No puedo, Jack, no puedo —exclamó ella.

—Hasta que me digas quién ha estado viviendo en esa cabaña y a quién le has dado esa fotografía, nunca podrá haber confianza entre nosotros —dije yo, y apartándome de ella, salí de la casa. Eso fue ayer, señor Holmes, y no la he visto desde entonces, ni sé nada más sobre este extraño asunto. Es la primera sombra que ha surgido entre nosotros, y me ha sacudido tanto que no sé qué hacer para lo mejor. De repente, esta mañana, se me ocurrió que usted era el hombre para aconsejarme, así que he venido apresuradamente a verle y me pongo incondicionalmente en sus manos. Si hay algún punto que no he dejado claro, por favor, pregúnteme sobre ello. Pero, sobre todo, dígame rápidamente qué debo hacer, porque esta miseria es más de lo que puedo soportar."

Holmes y yo habíamos escuchado con el mayor interés esta extraordinaria declaración, que había sido entregada en la forma entrecortada y quebrada de un hombre que está bajo la influencia de emociones extremas. Mi compañero se sentó en silencio durante un tiempo, con la barbilla apoyada en la mano, perdido en pensamientos.

—Dígame —dijo al fin—, ¿podría jurar que era el rostro de un hombre el que vio en la ventana?

—Cada vez que lo vi estaba a cierta distancia, por lo que me es imposible decirlo.

—Sin embargo, parece haberle causado una impresión desagradable.

—Parecía tener un color antinatural y una extraña rigidez en los rasgos. Cuando me acerqué, desapareció bruscamente.

—¿Hace cuánto tiempo que su esposa le pidió cien libras?

—Casi dos meses.

—¿Alguna vez ha visto una fotografía de su primer marido?

—No; hubo un gran incendio en Atlanta poco después de su muerte, y todos sus papeles se destruyeron.

—Y, sin embargo, tenía un certificado de defunción. Usted dice que lo vio.

—Sí; consiguió un duplicado después del incendio.

—¿Alguna vez conoció a alguien que la conociera en América?

—No.

—¿Alguna vez habló ella de regresar a ese lugar?

—No.

—¿O recibió cartas de allí?

—No.

—Gracias. Me gustaría reflexionar un poco sobre el asunto ahora. Si la cabaña está ahora permanentemente desocupada, podemos tener algunas dificultades. Si, por otro lado, como creo que es más probable, los ocupantes fueron advertidos de su llegada y se fueron antes de que usted entrara ayer, entonces pueden estar de vuelta ahora, y podremos resolverlo todo fácilmente. Permítame aconsejarle, entonces, que regrese a Norbury y examine nuevamente las ventanas de la cabaña. Si tiene razones para creer que está habitada, no intente entrar a la fuerza, sino envíe un telegrama a mi amigo y a mí. Estaremos con usted dentro de una hora de recibirlo, y pronto llegaremos al fondo del asunto.

—¿Y si aún está vacía?

—En ese caso, iré mañana y hablaré con usted sobre ello. Adiós; y, sobre todo, no se angustie hasta que sepa que realmente tiene motivos para ello.

—Me temo que esto es un mal asunto, Watson —dijo mi compañero, al regresar después de acompañar al señor Grant Munro hasta

la puerta—. ¿Qué opinas de esto?

—Tenía un tono desagradable —respondí.

—Sí. Hay chantaje en esto, o me equivoco mucho.

—¿Y quién es el chantajista?

—Bueno, debe ser la criatura que vive en la única habitación cómoda del lugar y tiene su fotografía sobre la chimenea. Te digo, Watson, hay algo muy atractivo en ese rostro lívido en la ventana, y no me habría perdido este caso por nada del mundo.

—¿Tienes una teoría?

—Sí, una provisional. Pero me sorprendería si no resultara ser correcta. El primer marido de esta mujer está en esa cabaña.

—¿Por qué lo crees?

—¿De qué otra manera podemos explicar su frenética ansiedad de que su segundo marido no entre en ella? Los hechos, tal como los interpreto, son algo así: esta mujer se casó en América. Su marido desarrolló algunas cualidades detestables; o digamos que contra-jo alguna enfermedad repugnante y se convirtió en un leproso o un imbécil. Ella huye de él al fin, regresa a Inglaterra, cambia su nombre y comienza su vida, como cree, de nuevo. Ha estado casada tres años y cree que su posición es completamente segura, habiendo mostrado a su esposo el certificado de defunción de algún hombre cuyo nombre ha asumido, cuando de repente su primer marido descubre su paradero; o, podemos suponer, alguna mujer sin escrúpulos que se ha unido al inválido. Escriben a la esposa y amenazan con venir y exponerla. Ella pide cien libras y trata de comprarlos. Vienen a pesar de ello, y cuando el marido menciona casualmente a la esposa que hay nuevos inquilinos en la cabaña, de alguna manera sabe que son sus perseguidores. Espera hasta que su marido se duerme, y luego se apresura a tratar de persuadirlos para que la dejen en paz. No teniendo éxito, vuelve a intentarlo a la mañana siguiente, y su marido la encuentra, como nos ha contado, al salir de la cabaña. Ella le promete entonces no volver allí, pero dos días

después la esperanza de deshacerse de esos vecinos horribles es demasiado fuerte para ella, y hace otro intento, llevando consigo la fotografía que probablemente le habían exigido. En medio de esta entrevista, la criada corre a decir que el amo ha regresado a casa, momento en el cual la esposa, sabiendo que él vendrá directamente a la cabaña, apresura a los ocupantes a salir por la puerta trasera, probablemente hacia el bosquecillo de pinos mencionado cerca. De esta manera, él encontró el lugar desierto. Sin embargo, me sorprendería mucho que todavía lo esté cuando lo reconozca esta noche. ¿Qué opinas de mi teoría?

—Todo es conjetura.

—Pero al menos cubre todos los hechos. Cuando nuevos hechos lleguen a nuestro conocimiento que no puedan ser abarcados por ella, será el momento de reconsiderarla. No podemos hacer nada más hasta que recibamos un mensaje de nuestro amigo en Norbury.

Pero no tuvimos que esperar mucho tiempo para eso. Llegó justo cuando habíamos terminado nuestro té. "La cabaña todavía está habitada", decía. "He vuelto a ver la cara en la ventana. Recibiré el tren de las siete y no tomaré ninguna medida hasta que ustedes lleguen."

Él estaba esperando en la plataforma cuando salimos, y pudimos ver a la luz de las lámparas de la estación que estaba muy pálido y temblando de agitación.

—Todavía están allí, señor Holmes —dijo, apretando fuertemente la manga de mi amigo—. Vi luces en la cabaña cuando bajé. Lo resolveremos ahora de una vez por todas.

—¿Cuál es su plan, entonces? —preguntó Holmes, mientras caminábamos por el oscuro camino bordeado de árboles.

—Voy a entrar a la fuerza y ver por mí mismo quién está en la casa. Deseo que ambos estén allí como testigos.

—¿Está completamente decidido a hacer esto, a pesar de la advertencia de su esposa de que es mejor no resolver el misterio?

—Sí, estoy decidido.

—Bueno, creo que tiene razón. Cualquier verdad es mejor que una duda indefinida. Será mejor que vayamos de inmediato. Por supuesto, legalmente, estamos poniéndonos completamente en lo incorrecto; pero creo que vale la pena.

Era una noche muy oscura, y una fina lluvia comenzó a caer cuando nos desviamos del camino principal hacia un sendero estrecho, profundamente surcado, con setos a ambos lados. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzó con impaciencia, y nosotros tropezamos detrás de él lo mejor que pudimos.

—Allí están las luces de mi casa —murmuró, señalando un destello entre los árboles—. Y aquí está la cabaña a la que voy a entrar.

Giramos una esquina en el sendero mientras hablaba, y allí estaba el edificio justo al lado de nosotros. Una barra amarilla que caía sobre el primer plano negro mostraba que la puerta no estaba completamente cerrada, y una ventana en el piso superior estaba brillantemente iluminada. Mientras mirábamos, vimos una sombra oscura moviéndose a través de la persiana.

—¡Ahí está esa criatura! —gritó Grant Munro—. Ustedes mismos pueden ver que hay alguien allí. Ahora síganme, y pronto lo sabremos todo.

Nos acercamos a la puerta; pero de repente una mujer apareció en la sombra y se paró en el camino de luz dorada de la lámpara. No pude ver su rostro en la oscuridad, pero extendió los brazos en actitud de súplica.

—¡Por el amor de Dios, no, Jack! —gritó—. Tenía un presentimiento de que vendrías esta noche. Piensa mejor en esto, querido. Confía en mí de nuevo, y nunca tendrás motivos para lamentarlo.

—Te he confiado demasiado tiempo, Effie —gritó él, con severidad—. ¡Déjame pasar! Mis amigos y yo vamos a resolver este asunto de una vez por todas. —La empujó a un lado, y nosotros lo seguimos de cerca. Al abrir la puerta, una anciana salió corriendo frente a

él e intentó bloquear su paso, pero él la empujó hacia atrás, y un instante después estábamos todos en las escaleras. Grant Munro se precipitó hacia la habitación iluminada en la parte superior, y nosotros entramos detrás de él.

Era una habitación acogedora y bien amueblada, con dos velas encendidas sobre la mesa y dos sobre la repisa de la chimenea. En la esquina, inclinada sobre un escritorio, estaba lo que parecía ser una niña pequeña. Su rostro estaba vuelto cuando entramos, pero pudimos ver que vestía un vestido rojo y que llevaba guantes largos y blancos. Cuando se volvió hacia nosotros, solté un grito de sorpresa y horror. El rostro que nos mostró era de un tono lívido extraño, y los rasgos estaban completamente desprovistos de cualquier expresión. Un instante después, el misterio se explicó. Holmes, con una risa, pasó su mano detrás de la oreja de la niña, una máscara se despegó de su rostro, y allí estaba una pequeña niña negra como el carbón, con todos sus dientes blancos brillando en diversión ante nuestras caras asombradas. Me eché a reír, compartiendo su alegría; pero Grant Munro se quedó mirando, con la mano apretando su garganta.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Cuál puede ser el significado de esto?

—Te diré el significado de esto —exclamó la dama, entrando en la habitación con una cara orgullosa y decidida—. Me has obligado, contra mi propio juicio, a contártelo, y ahora ambos debemos hacer lo mejor que podamos. Mi marido murió en Atlanta. Mi hija sobrevivió.

—¿Tu hija?

Sacó un gran relicario de plata de su pecho.

—Nunca has visto esto abierto.

—Pensé que no se podía abrir.

Tocó un resorte, y el frente se abrió. Había un retrato dentro de un hombre sorprendentemente guapo y de aspecto inteligente, pero

con signos inconfundibles en sus rasgos de su ascendencia africana.

—Ese es John Hebron, de Atlanta —dijo la dama—, y un hombre más noble nunca ha pisado la tierra. Me aparté de mi raza para casarme con él, pero nunca, mientras vivió, me arrepentí ni por un instante. Fue nuestra desgracia que nuestra única hija se pareciera más a su gente que a la mía. A menudo sucede en estos matrimonios, y la pequeña Lucy es mucho más oscura de lo que fue su padre. Pero oscura o clara, es mi querida niña, y el amor de su madre. —La pequeña criatura corrió al oír esas palabras y se acurrucó contra el vestido de la dama—. Cuando la dejé en América —continuó—, fue solo porque su salud era débil, y el cambio podría haberle hecho daño. Fue puesta al cuidado de una fiel mujer escocesa que una vez había sido nuestra sirvienta. Nunca por un instante soñé con renegar de ella como mi hija. Pero cuando el destino te puso en mi camino, Jack, y aprendí a amarte, temí decirte acerca de mi hija. Que Dios me perdone, temí que te perdería, y no tuve el valor de contártelo. Tuve que elegir entre ustedes dos, y en mi debilidad me aparté de mi propia niña. Durante tres años he mantenido su existencia en secreto para ti, pero escuché noticias de la niñera, y sabía que todo estaba bien con ella. Sin embargo, al fin, surgió un deseo abrumador de ver a la niña una vez más. Luché contra él, pero en vano. Aunque sabía el peligro, decidí traer a la niña, aunque fuera solo por unas semanas. Envié cien libras a la niñera y le di instrucciones sobre esta cabaña, para que viniera como vecina, sin que yo pareciera estar en modo alguno relacionada con ella. Llevé mis precauciones tan lejos como para ordenarle que mantuviera a la niña en la casa durante el día, y que cubriera su pequeño rostro y manos para que incluso aquellos que pudieran verla en la ventana no chismorrearan sobre la presencia de una niña negra en el vecindario. Si hubiera sido menos cautelosa, podría haber sido más sabia, pero estaba medio loca de miedo de que descubrieras la verdad.

—Fuiste tú quien primero me dijo que la cabaña estaba ocupada. Debería haber esperado hasta la mañana, pero no podía dormir de la emoción, así que finalmente salí a hurtadillas, sabiendo lo difícil

que es despertarte. Pero me viste salir, y ese fue el comienzo de mis problemas. Al día siguiente, tenías mi secreto a tu merced, pero noble y generosamente te abstuviste de aprovecharte de ello. Tres días después, sin embargo, la niñera y la niña apenas escaparon por la puerta trasera cuando tú entraste por la delantera. Y ahora, esta noche, por fin lo sabes todo, y te pregunto qué será de nosotras, de mi hija y de mí. —Juntó las manos y esperó una respuesta.

Pasaron diez largos minutos antes de que Grant Munro rompiera el silencio, y cuando su respuesta llegó, fue una de las que me gusta recordar. Levantó a la pequeña niña, la besó, y luego, todavía llevándola, extendió su otra mano a su esposa y se dirigió hacia la puerta.

—Podremos hablarlo más cómodamente en casa —dijo—. No soy un hombre muy bueno, Effie, pero creo que soy mejor de lo que me has dado crédito.

Holmes y yo los seguimos por el sendero, y mi amigo me tiró de la manga al salir.

—Creo —dijo— que seremos de más utilidad en Londres que en Norbury.

No dijo una palabra más sobre el caso hasta tarde esa noche, cuando se retiraba a su habitación con su vela encendida.

—Watson —dijo—, si alguna vez te parece que me estoy volviendo un poco demasiado confiado en mis habilidades, o prestando menos atención a un caso de la que merece, ten la amabilidad de susurrar 'Norbury' en mi oído, y te estaré infinitamente agradecido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB